



**ISABEL CLARA  
EUGENIA. SOBERANÍA  
FEMENINA EN LAS  
CORTES DE MADRID  
Y BRUSELAS**

VAN WYHE, CORDULA  
(DIR.).

Centro de Estudios  
Europa Hispánica,  
Madrid, 2012. ISBN: 978-  
84-936776-4-0. Cartoné  
con sobrecubierta.

446 páginas.  
194 ilustraciones.

**JAN BRUEGHEL EL JOVEN**

(atrib.). El Palacio Real de  
Bruselas. Hacia 1627. Óleo sobre  
lienzo. 150 x 228 cm. Museo  
Nacional del Prado, Madrid.

## Una soberana entre Madrid y Bruselas

**HA TENIDO QUE PASAR** un siglo para que la historiografía vuelva su mirada hacia Isabel Clara Eugenia (1566-1633). Desde la publicación en 1912 del estudio hagiográfico de Marie Hennequin de Villermont, la que fuera primogénita de Felipe II, soberana y gobernadora de los Países Bajos solo había merecido la atención de unos pocos historiadores de la cultura. Tras esta demora, debemos celebrar que un elenco de 14 especialistas dirigidos por la historiadora del arte Cordula Van Wyhe se haya acercado a una de las mujeres más influyentes de los Habsburgo hispánicos. La obra se organiza en 15 capítulos. Diferentes enfoques y diversidad de aspectos que aportan riqueza pero dejan al descubierto dos caras de una misma moneda: temas superpuestos y pequeñas lagunas. A través de esta imagen caleidoscópica se logra una armonía digna de reseñar. Los puntos fuertes de la obra están en los capítulos dedicados a los años de infancia y juventud de la infanta. El trabajo de Santiago Martínez presenta la desconocida correspondencia del marqués de Ladrada con Felipe II, en la que se pormenoriza la crianza y educación de Isabel. Almudena Pérez de Tudela aporta también documentación inédita: la desconocida contaduría de la infanta conservada en el Archivo General de Palacio revela el aprendizaje del mecenazgo artístico de la infanta y su pasión por la cultura material, un tema que actualmente está en boga. Siguiendo la estela artística, destaca la aportación de Van Wyhe y su contextualización histórico-política de los retratos de la infanta. Continúan los capítulos dedicados a las negociaciones matrimoniales: Martínez, García y Duerloo, abordan el mismo tema aunque enriquecen la visión de una infanta que llegó a ser la novia de Europa. La etapa vital de Isabel en Flandes está cubierta por 10 de los 15 capítulos, en los que se trata de abarcar dos periodos: los años de co-soberanía junto al archiduque Alberto (1599-1621) y su última fase como gobernadora (1621-1633). El peso de la balanza se inclina hacia los

años de viudedad y, más concretamente, al Interin temporal que arranca en 1612, fecha en la que la salud del archiduque empezó a deteriorarse e Isabel comenzó a despuntar. Este acento en los años de viudez es comprensible en una obra dedicada a Isabel y no a Alberto que, además, ha sido recientemente biografiado por Duerloo. Temas como la pacificación de los Países Bajos, la corte femenina de Isabel con mujeres como Antonia Wilhelmina d'Arenberg, el papel mediador entre Madrid y Roma o su relación con Rubens, abarrotan esos años finales. Snaet echa por tierra los mitos del mecenazgo arquitectónico atribuido a los archiduques: la decantación por austeridad «filipina» y la rigurosidad en las líneas arquitectónicas muestran a una Isabel promotora de un arte austero alejado de la brillantez barroca de sus fiestas. El discurso relativo a su imagen se ofrece en el estudio de Arblaster dedicado al impresor Verhoeven y a las obras literarias y propagandísticas analizadas por Olmedo. Discurso e imagen se combinan en una obra donde la Isabel de carne y hueso también se deja entrever. Quizá habría resultado de interés incidir un poco más en los primeros años de co-soberanía en Bruselas (1599-1612). Tres capítulos de Sánchez, Raeymaekers y Esteban se adentran en aquel mundo político que la archiduquesa compartió prudentemente con su marido. Raeymaekers realiza un novedoso estudio sobre el acceso a los espacios de los soberanos. Magdalena Sánchez, utilizando la correspondencia de la soberana con Lerma, deja a la luz a una Isabel que manejaba la estrategia afectiva y la sutileza política con una elegancia digna de «recordar». Alicia Esteban aborda de manera más clara el papel de Isabel en sus primeros años en Flandes adelantándonos la intervención de la soberana en el asunto «Mancisidor», con unas misivas que se publicarán próximamente en un epistolario que la autora está editando junto a Bernardo García y que aportará nuevos datos sobre la Isabel de principios de siglo. Cierro el libro y, en mi memoria, además del impacto sensorial de las táctiles descripciones de trajes brindadas por Cordula y de la fría imagen de Isabel recluida en la más austera de las ermitas del monasterio capuchino de Tervuren, queda el placer de haber leído un libro que satisfará de manera unánime las expectativas tanto de historiadores como de historiadores del arte, algo que no siempre resulta fácil de conseguir.

